

PRECIO DE SUSCRICION.

EN MADRID.

Por un mes. 6 reales.
 Por tres id. 16
 Por seis id. 32
 Por un año. 60

La suscripcion empieza siempre en 1.º de mes.

ADMINISTRACION Y REDACCION,
 Huertas, 10, principal.

Para todo lo concerniente á la Administracion, dirigirse al Administrador D. Sebastian Casellas y Segura.



PRECIO DE SUSCRICION.

EN PROVINCIAS.

Por tres meses, directamente en la Administracion. . . . 24 reales.
 Por comisionado. 26
 ULTRAMAR Y ESTRANJERO, un año, 6 pesos.

La suscripcion empieza siempre en 1.º de mes.

ADMINISTRACION Y REDACCION,
 Huertas, 10, principal.

No se sirve suscripcion cuyo importe no se haya recibido en esta Administracion en letra ó sellos de franqueo.

GIL BLAS,

PERIÓDICO POLÍTICO SATÍRICO.

EL HOMBRE DEL SIGLO.

Ahí tienen Vds. á D. Luis Gonzalez Brabo.
 ¿Le ven Vds.?
 Oh, sí, ya oigo decir por todas partes:— ¡Te veo!
 Bonito ministro ¿eh?
 Todo el mundo sabe que tiene mucho talento.
 Pero la verdad es que tiene mucho mas de lo que todo el mundo sabe.

Vosotros, españoles y admiradores suyos, le celebráis como escritor, como orador, como periodista, como erudito. Pues hay algo mas que eso dentro de aquella cabeza.

Oid, oid, oid. Vereis lo que ese hombre, quiero decir, ese ministro, ha hecho.

¿Os acordais de Blondin? Todos digimos que el gran funámbulo no tenia rival, cuando le vimos cruzar sobre un alambre el estanque del Retiro llevando una silla sobre los hombros.

Pues Gonzalez Brabo ha hecho mas: ha recorrido todos los partidos sobre cuerdas de Leganés y con la conciencia á la espalda. Y como Blondin, se ha sentado en la cuerda, sirviéndole de silla la conciencia ¡Y cuidado que una conciencia pesa mas que una silla!

Todos vosotros recordareis las famosas expediciones aéreas de Nadar; no hace mucho tiempo que hemos visto á Madama Poitevin perderse de vista en un globo.

Pues ninguno de esos dos pájaros con botas puede compararse con Gonzalez Brabo. O sino, ponedle enfrente de Castelar, y en seguida le vereis tocar el cielo con las manos.

Conste que Gonzalez Brabo es un gran aeronaúta.

¿Habeis oido en el teatro Real á Adelina Patti? Yo la he admirado mucho al oírle uno de esos dedicados trinos continuados, á los cuales llaman los inteligentes una carrera; pero ha venido Gonzalez Brabo y ha llamado mi atencion mas que Adelina Patti, porque esta necesita para dar sus carreras ensayos y música, y Gonzalez Brabo sin ensayos, sin música, sin mas que unos cuantos cívicos á palo seco, ha logrado que las carreras las diera el público; y eso que el público estaba decidido á silbar el espectáculo.

¡Saludemos á Gonzalez Brabo, *partiquino* ilustre!
 ¿Quién no ha oido hablar de Julio Gerard, el famoso cazador de leones?

¿Quién no ha oido con espanto la relacion de aquellos terribles momentos en que el intrépido cazador, con el cuchillo entre los dientes, el pecho pegado á la tierra, penetraba en la guarida de la fiera? Pero ¡bah! ¡bah! Gonzalez Brabo sin cuchillo, sin esposicion, sin peligro, ha fraternizado con el general Narvaez.

El público de Madrid se ha conmovido mil y mil veces oyendo al príncipe de nuestra escena, al eminente actor Julian Romea.

Y en verdad que Romea dispone á su antojo del público, le entusiasma, le arroba, le saca de quicio... Pero Gonzalez Brabo ha conseguido mas. En un discurso que pronunció hace dias en el Senado, sacó de quicio á las piedras.

Por último; ¿os acordais de Leotard? ¿Os acordais de aquellos saltos que eran el asombro de todos? Pues tened por seguro que Leotard cuando vuelva á Madrid no será, como antes, la admiracion de las gentes: Gonzalez Brabo le ha eclipsado.

Sí, Gonzalez Brabo, que salta mas que él, Gonzalez Brabo que, sin tomar corrida, salta por cima de la ley, cuantas veces quiere, con una serenidad envidiable.

¿A que no se atreve Leotard á hacer otro tanto?

Eusebio Blasco.

CORRESPONDENCIA.

Fáltale tiempo y espacio á GIL BLAS para contestar detenidamente á las preguntas que le hacen los suscritores sobre las cosas del dia.

Por eso da aquí un extracto de las mas interesantes, reservándose para otra vez el ser mas estenso.

«Nuestro tambor mayor tropezó al entrar en el cuartel, y se ha roto la cabeza al caerse de sí mismo al suelo.

Nos hace falta un buen mozo. Segun se dice, pronto quedará cesante Gutierrez de la Vega.

¿Sabe Vd. si entiende algo de música?
 Contestacion.—Lo ignoro; pero segun su comportamiento con los estudiantes, debe ser aficionado á la solfa.

«¿Cuándo cae esa gente?»
 Contestacion.—Calle Vd., hombre, si el ministerio parece la casa de Tócame Roque.

«¿Gasta peluca Narvaez?»
 Contestacion.—No señor, gasta sable.

«¿Por qué dijo en el Senado Gonzalez Brabo que él estuvo siempre al lado del Gobierno cuando lo de Loja, siendo así que votó en contra?»
 Contestacion.—Porque le dió la gana.

«¿Ha averiguado Vd. por fin cuántos trabucos se les han cogido á los revoltosos?»
 Contestacion.—Tres, y del estanco.

«Entre las personas atropelladas en la noche del 10, me han dicho que figura el Sr. duque de Veraguas. Yo me intereso mucho por su salud.

«¿Sabe Vd. si le alcanzó algun varetazo?»
 Contestacion.—¡Cál! Si trasteó al guardia.

«He leído el discurso del Sr. conde de Vista Hermosa, defendiendo á la guardia veterana.

No he olvidado todavía aquel instante fiero en que otros amigos y yo saludamos desde la puerta del café Suizo á este célebre polaco que, lanza en mano y á todo correr, volvía por la calle de Alcalá despues de destrozár la caballería de O'Donnell.

—¡Calle! dijo un amigo mío. ¡Si parece Longinos!
 Pues bien, el discurso de este señor polaco me ha sugerido el raciocinio siguiente:

Yo he sido toda mi vida, lo digo con modestia, un hombre honrado y pundonoroso, como cualquiera guardia veterano; pero tengo una suegra que me hace sufrir mas que los silbantes al gobierno.

Si una noche, como aquella del 10, cometo yo un *suegricidio* ¿se levantará alguna voz en mi defensa? ¿No habrá un gobierno que me absuelva en virtud de mis antecedentes honrados? ¿A Vd. que le parece?»

Contestacion.—A mí me parece que le darán á Vd. garrote.

«Me encuentro en un caso muy escepcional. Yo tengo una madre, y ya sabe Vd. que una madre, por defectos que tenga, es siempre un ángel para su hijo.

Pues esta madre á quien adoro fué insultada cruelmente por un hombre cuya desvergüenza llegó al estremo de llamarla *prostituta*.

Hoy este hombre, porque necesita de mí, se arrastra á mis piés y me pide perdon: ¿debo admitirle en mi casa?»

Contestacion.—¡Jamás! Echelo Vd. á puntapiés.
 Luis Rivera.

CARTA CANTA.

Al periódico GIL BLAS, demócrata, y lo demás.

Yo, Silvestre Matalon, caballo de los mas malos que sostiene la nacion, y tan hecho á llevar palos como á darlos Don Ramon;

Con el respeto debido al que jamás me ha ofendido, ni menos me ha calumniado, y á quien si no me ha montado será porque no ha querido:

Voy la verdad á contar del suceso singular, entre guerrero y civil, que aun hoy me hace recordar la noche del diez de abril.

Misto de gallego y moro,
vine al mundo en un pesebre
y arrulló mi cuna un toro,
que un espada sin decoro
mató al fin como á una liebre.

Tan manso y humilde fui
desde el punto en que nací,
que jugaba con los chicos,
y nadie montó borricos
en tanto me tuvo á mí.

Hermoso y cerrado ya,
me llevaron á Alcalá;
y allí entré en caballería,
donde un cabo me dormía
cantando la Soleá.

Renuncio á contar la historia
de aquel período de gloria,
y al presente me traslado,
en el cual he conquistado
el laurel de la victoria.

De mi cuadra-habitacion
sacaronme á la oracion
la noche del diez de abril,
llevando encima un civil
y detrás un peloton.

Era el civil veterano
hombre muy duro de mano;
una especie de Roldan
con alma de valenciano,
y mofletes de alemán.

Paramos junto á un farol
de la gran Puerta del Sol,
y allí el público que habia;
nos miraba y se reía...
¡público al fin, y español!

Generales y paisanos
alzaban allí las manos;
todos á un tiempo mandaban,
y las gentes aumentaban...
y tambien los veteranos.

Llegó á este tiempo un señor
muy gordo y muy hablador,
y tras de largar un terno,
exclamó: ¡triunfe el gobierno,
y á ellos, muchachos, valor!

Salieron, pues, galopando
los ginetes que allí habia;
siguió la gente gritando,
y yo sin saber qué hacia,
salí tambien relinchando,

Por donde quiera que fui
la razon atropellé,
la virtud escarneé,
á los ancianos pisé
y á los niños embestí.

Yo en los portales entré,
yo las aceras barri,
yo los grupos derribé,
y en todas partes dejé
memoria amarga de mí.

¡Ríndete ó muere, gran pillo!
gritaba á mas no poder
el sargento Tabardillo,
y el pillo era una mujer
cargada con un chiquillo.

¡Qué lluvia de cuchilladas!
¡qué dicerios, qué corridas!
¡cuántas quejas motivadas!
y para tantas heridas,
¡qué poquísimas pedradas!

Una en esto me alcanzó,
como llovida del cielo;
todo mi cuerpo tembló,
y al fin vinimos al suelo
el guardia civil y yo.

Debo declarar aquí
que el golpe no fué cruel,
y que por gusto caí,
á ver si vengaba en él
la ofensa que recibí.

Como esta es mi herida sola,
mandar debo en hora mala
al gobierno que me inmola,
y que al herirme de *bala*
casi me ha herido de *bola*.

Ya estoy bueno, y en verdad
no me quejo de mi suerte,
que obrando con igualdad
vista mi barbaridad
me debieron dar mas fuerte.

Conque, si de tanta gloria
se quiere dejar memoria,
ya sabe usted mi deseo,
me atrevo á explicar historia
con mas discrecion que un neo.

Y con estilo imparcial,
del bando ministerial
haré la historia y proceso;
aunque tal vez para eso
no soy bastante animal.

Silvestre Matalon.

Por la copia:

M. del Palacio.

SEMANA PARLAMENTARIA.

Y llegó el miércoles. El Sr. Gonzalez Brabo, con un cartapacio debajo del brazo, con la cabeza inclinada hácia el lado donde no está el corazon, se adelanta paso á paso y se sienta *perfectamente* en el banco azul.

A su izquierda, Narvaez; á su derecha, el abate Pirracas.

El Sr. marqués (viudo) de la Merced abre la sesion, y casi la abre en canal. ¿Pues no presenta una proposicion pidiendo que el Congreso dé un voto de confianza al gobierno por su conducta en la noche del 10 de abril?

Al oír esto, el ciudadano mas pacífico suelta un voto, pero no de confianza.

Yo boté en mi asiento, y creo que los mártires de la libertad, cuyos nombres están grabados en las paredes del Congreso, botaron tambien en sus tumbas, y es fama que Padilla dijo por lo bajo á Maldonado:—Compañero, ¿á qué nos descabezan otra vez?

Se levantó el general Narvaez y con ese tono de bandurria y ese aire de calañés que Dios le ha dado, y Andalucía le conserva, pidió ¡casi un imposible! pidió al marqués (viudo) de la Merced que hiciera el inmenso sacrificio de retirar aquella dulce proposicion, y que no se hablara mas del asunto.

Y el señor marqués (viudo) de la Merced nos hizo la idem recogiendo velas, no sin decir cuatro palabritas de buena mayoría y en latin muy chusco: *Salus populi, suprema lex est*; lo cual, traducido al idioma ministerial, quiere decir: el que murió, bien muerto está, y al que se descuide, trancazo.

Despues tomó la palabra el Sr. Posada Herrera, y como es tan largo S. S., puso al gobierno en un brete. Le acusó de ser la causa de los tristes sucesos de la noche del 10; de negar á los interesados todo derecho de acudir á los tribunales; de haber violado las leyes; de infringir los reglamentos de la guardia civil, y por último, de someter á hombres inocentes á tribunales escepcionales.

El gobierno responde siempre:—Hombre ¿qué me cuenta Vd.? ¿Con qué ha sucedido todo eso? ¡Si viera Vd. cuánto lo siento! Pero el orden... la sociedad... el comercio y la industria... y la guardia civil... y Gutierrez de la Vega... Pues mire Vd., todavia hay ministeriales que nos acusan de blandos, de haber tenido las manos atadas...

Un diputado.—Pues si las tiene S. S. desatadas, pobres de los españoles.

En esto le toca el turno al Gobernador de Madrid Sr. Gutierrez de la Vega.

—¡Chis! silencio.

—¿Quién es?

—¡Qué va á hablar!

—Ya se levanta...

—Ya estiendo los brazos...

—Ya suena...

Todos.—¡Ah, qué hermoso señor!

El Sr. Gutierrez de la Vega.—Señores diputados: Voy á ser muy parco. Ya llegará ocasion en que pueda decir: estos bigotes son míos. Hoy vengo cargado de papeles. ¿Los veis? No son los autores granadinos, ni el teatro griego, monumentos que yo he levantado á la literatura... Pero quiero ser parco. Aquí traigo los papeles. Señores diputados, habeis de saber que el

ministro de la Gobernacion tiene un instinto muy certero.

(*Ciento sesenta heridos responden á coro.*—Yo lo creo.)

Ahora bien, yo he sido aludido, y aquí traigo los papeles. Se ha dicho que la guardia veterana no ha tratado con finura á los vecinos de Madrid. ¡Ah, que injuria! Aquí traigo los papeles. El Sr. duque de Verguñas salió á la calle, y no le pegaron. ¡No, no le pegaron, y aquí traigo los papeles! El Sr. duque de Tamames que iba embozado, se desembozó y dijo: Yo soy el duque de Tamames. Y la guardia civil se quitó el sombrero; aquí traigo los papeles. En cuanto al señor Cueto, ni fué herido ni pensó serlo. ¿Hay quien lo duda? Pues aquí traigo los papeles.

Respecto á los heridos, cuyo número han exagerado algunos periódicos, voy á leer estos papeles. Y yo tengo datos muy positivos, datos que constan en estos papeles. He comido en el hotel de París con un inglés, del cual se ha contado que ha muerto. ¡Qué habia de morir si comia como un inglés! Aquí tengo los papeles. ¿Sabeis lo que me decia el médico inglés, que aseguro no estaba muerto? Como él era inglés y yo andaluz nos hemos entendido en francés, por que los dos lo hablamos perfectamente mal, y si no aquí están los papeles. El inglés me decia:

Les gens qui vous tuez se portent assez bien, cuyo verso traducido libremente en andaluz, dice:

Los pobres que han *merao* no engullen como Vd. Creo haber contestado victoriosamente á mis enemigos, y termino diciendo que aquí tengo los papeles.

El Sr. Posada Herrera.—Hombre, hágame Vd. el favor de dejar esos papeles sobre la mesa.

¡Y allí quedaron los papeles del Sr. Gutierrez de la Vega!

Y llegó el miércoles. Los señores marqués de la Vega de Armijo y Cánovas del Castillo presentan proposiciones sobre la misma cuestion, y las apoyan, con energia el primero, con gran copia de conocimientos el segundo.

En esta sesion dió el Sr. Cánovas del Castillo al ministro Sr. Arrazola una leccion de código.

La mayoría se entusiasmó con la pintoresca descripcion que de la batalla de la calle de los Negros hizo el general Santiago, gobernador militar, que por la noble apostura y los largos bigotes parece un Gutierrez de la Vega trasnochado.

¡Oid, oid al general Santiago!

—Señores diputados: yo he hecho mi carrera paso á paso... uno... dos... La noche del 10 me instalé en la Puerta del Sol. Ya por la tarde venian curiosos á tomar el pulso á la fuerza pública, y yo les hice que se disolvieran por las diferentes arterias que habia á la mano de ellos. Marchen, de frente. Bien. Seguan curiosos con avanzadas de chiquillos que pitaban, y el honor del soldado, y aquellos grupos eran mis hermanos, por que el centinela que recibe una consigna ¿quién es el culpable? El paisano debe respeto, la ordenanza dura, bien, ¿eh? y si un centinela cumple con su deber y el paisano le silba, bien ¿eh? ya veis que el paisano, y el soldado está cumpliendo con su deber. ¿Quién es el ingrato?

Hubo un motin que no fué hijo del pueblo de Madrid, pueblo de Madrid noble, fiero, motin sin madre, ningun partido lo prohija ¡bien! ¿eh?

Tuve aviso de la fortaleza que habian hecho en la calle de los Negros ¡pronto allí 20 hombres!... y como un gran capitán en el puente de Arcole... tropa de flanco, variacion derecha, ¡frente! si hay resistencia, ¡fuego! Bien ¿eh?

Heridos, disparos, yo en el peligro, luego al paisano, los grupos que allí se amontonaron, honor militar, á desalojarlos... y los soldados al oír el fuego sentian hervir la sangre en las venas... Bravos soldados españoles... Paisano tambien noble... ¡bien! ¡De frente á todo el mundo!

La guardia civil cumplió con su deber, lo mismo los soldados y los gefes... Pueblo de Madrid noble y fiero, mas se preguntaba aquí hace poco. ¿Qué le habeis dado á la guardia veterana? ¡Silbidos! Y no es bueno silbar nobles soldados, que están en sus puestos, el pueblo de Madrid valeroso tambien fuera de las pasiones políticas... ¡Bien! ¿eh? He dicho.

Todo el interés de estos debates se concentró ayer viernes en el Sr. Rios Rosas.

Ha dicho este orador al gobierno cada verdad que canta el credo.

Segun él, y segun todo el mundo, menos los amigos particulares del ministerio, este no puede vivir, porque no representa la autoridad, habiéndose divorciado completamente de la opinion pública. ¿Veis el efecto que causa un trueno gordo en los habitantes de los campos que atemorizados se arriman á los árboles?

Sí, lo habeis visto, y yo tambien; pues así zumbaba la voz del orador, y así se estremecía el ministerio.

De todo el discurso del Sr. Rios Rosas, no queda nada, decia despues Gonzalez Brabo.

¡No queda nada! ¿Pues y la sangre vertida inocentemente? Es verdad que esta no queda en ninguna parte, porque la tiene toda sobre la frente el gobierno, segun las palabras del Sr. Rios Rosas.

GIL BLAS, cree, sin embargo, que esta sangre estaria mejor en las venas de sus dueños.

Es un capricho como otro cualquiera, hijo de la funesta conducta de las oposiciones.

GIL BLAS.



— ¿Como está el herido?
 — Se encuentra mas alibiado
 — Tenja Vd. la bondad de entregarle mi tarjeta, que yo me in-
 tereso por los sostenedores del órden.
 — Está bien; la pondré al lado del pesebre



El Torero — Salga Vd., buen mozo
 El Toro — ¿Se ha marchado la guardia veterana?
 El Torero — Si, ya puede Vd. salir sin miedo.
 El Toro — No salgo hasta que me traigan al ministro de la Gobernacion,
 para saber hasta donde llega un **BRABO**.

CABOS SUELTOS.

Ya dije el otro día que mi antiguo correligionario Gonzalez Brabo manifiesta en sus discursos particular predilección por la plaza pública.

El martes dijo en el Congreso que llegará día en que el poder salga á la plaza pública ofreciéndose al primer transeunte sin que nadie lo quiera.

Muy feo, muy viejo y muy roto ha de salir el poder á la plaza pública para que revolucionarios como Gonzalez Brabo no le echen cuatro pipos.

¿Cómo ha de pasar á su lado sin decirle un *por ahí te pudras?*

Por otra parte, el poder ofreciéndose en la plaza pública, es capaz de decirle á D. Gabino:

—¡Adios, hermoso!

¡Y ay del poder si D. Gabino lleva un duro en el bolsillo!

Al decir el Sr. Gutierrez de la Vega en el Congreso que la guardia veterana había tratado muy bien en la *triste noche* al Sr. duque de Veraguas y otros caballeros, añadió un amigo mio por lo bajo:

—Vamos, fué noche de buenos y malos tratamientos.

El concejal marqués de Manzanedo (¡marqués!) ha asistido solamente dos ó tres veces, segun un periódico, á las sesiones del ayuntamiento.

La última á que asistió fué la toma de posesion del alcalde corregidor que nos han enviado las pródigas Alpujarras.

Y es que el marqués de Manzanedo decía para sí:

—Esta debe ser sesion de muchos cumplimientos. Con tanto saludo se estropeará el sombrero, y deseo manifestar al mundo que ya que no los hago los des-hago.

Salió Ossorio de Granada como simple brigadier, y apenas llegó á la córte mariscal de campo fué: —con otra accion como esta se hace dueño del poder.

Un senador ha calificado de ojeo y de cacería organizada los tristes acontecimientos de la noche del 10. Si el gobierno me toma por conejo, ¿cómo podré, gran Dios, llegar á viejo?

Apenas fué destituido mi amigo el Corregidor, fué á verle el Gobernador triste y cariacontecido. —Ya la desgracia he sabido, murmuró con voz sombría; y luego con alegría vió una perra en el portal, y dijo ¡hermoso animal! ¡que me guarden una cría!

(Histórico.)

Hemos oido decir que el gobierno ha dispuesto se prohiba este año en la romería de San Isidro la venta y el uso de cualquiera clase de pitos.

Así y todo, milagro será que no le duela la cabeza.

A GIL BLAS le ha salido un terrible competidor en la prensa periódica. Este competidor es nuestro colega *Los Tiempos*, que cansado sin duda de esplotar otras muchas cosas, se dedica hoy á esplotar la sátira.

La facilidad con que este diario maneja todos los géneros, nos hace recordar aquella suerte de prestidigitacion que se titula *la botella inagotable*, y en la cual se sirve á cada uno el licor que pide.

Solo que de esta botella, en vez de licores, no salen mas que aguas turbias.

Un afamado cazador de Inglaterra ha ganado recientemente una apuesta que consistia en tirar al aire doce naranjas y atravesar once de un balazo.

Esa habilidad y una escopeta de cien cañones, y de seguro hubiera yo hecho correr á alguno de los que me hicieron correr á mí.

El Sr. D. Leopoldo Augusto de Cueto ha declarado en el Congreso, por boca del Sr. Gutierrez de la Vega, que, si bien desconociendo el peligro, su imprudencia le llevó en la noche del 10 á donde hombres de su cla-

se, á donde hombres de órden y de gobierno no deben meterse.

Daria hasta un silbido, que hoy es de las cosas que mas cuestan, por saber dónde se metió el Sr. Cueto en la dichosa noche del 10. A juzgar por el rubor que revelan sus palabras debió ser en alguna casa de la calle de Gitanos, ó en alguna columna mingitoria.

La cola del Banco aumenta: los guardias la vigilan cuidadosamente; es decir que están

El país sin un real, la Hacienda sola, ¡los guardias... arrimados á la cola!

Dice *La Esperanza*:

«Ayer ha fallecido D. Romualdo Mon y del Hierro, el mismo, segun pensamos, que hizo notable papel entre los carlistas. Rogamos á Dios por el eterno descanso de su alma.»

Supongamos que el muerto hubiera hecho notable papel entre los liberales. *La Esperanza* hubiera dicho:

«Ayer ha fallecido D. N... N... de N..., el mismo, segun creemos, que figuró ominosamente entre las tropas de Navarra. Rogamos á Dios que se lo lleven doscientos mil demonios.»

Dice uno de nuestros colegas que dentro de breves dias se representará un drama titulado *El tigre del 10 de abril*.

Yo pienso escribir un fin de fiesta para esa funcion notable, y lo he de titular *Mordiscos de un veterano*.

En el intermedio se bailará de cabeza.

Habló el gobernador, con voz resuelta... ¡Vámonos, y daremos una vuelta!

En su talento y su esperiencia fio... ¡Pero si es tan monótono, Dios mio!

Selevanta y esclama con voz dura: ¡Yo soy una inocente criatura!

Al órden luego un orador le llama. Se sienta; y un ministro se le *escama*.

Cesante me lo dejan y afligido, y escribe á su mamá:—¡Pues me he lucido!

Oigan Vds. á *Los Tiempos*:

«Estrepitosos aplausos fueron la respuesta que de los bancos y de las tribunas salieron al pronunciar la última palabra el Sr. Gonzalez Brabo.»

Siempre he celebrado yo que fueran ustedes francos: le aplaudirian los bancos, pero las personas, no.

La Democracia del día 26 fué denunciada. Uno de los artículos señalados con el sagrado lápiz era un folletín literario de nuestro compañero Eusebio Blasco, titulado *El himno de Riego*.

Para desenojar al juez de imprenta, Eusebio Blasco piensa escribir otro folletín titulado *el trágala*.

Dos carteles rotos en una esquina, formaban uno entero bastante original.

El curioso podía leer lo siguiente:

No mas tos.

Y debajo, la mitad del bando del gobernador de la provincia.

Van acudiendo á declarar los editores de los periódicos liberales procesados por haber publicado la protesta. No deja de ser curioso eso de

—¿Cómo se llama Vd.?

—Fulano de tal.

—¿Es Vd. el editor del periódico?.....

—Si señor.

—¿Vd. sabe si sus redactores han firmado esta manifestacion?

—Me consta.

—¿Sabe Vd. si se ha publicado esto que vé Vd. aquí impreso?

—Yo creo que si.

—Bueno, ¡pues vaya Vd. con Dios!

—¡Pues abur!

—¡Espresiones!

Y decía Gonzalez Brabo el 19 de marzo de 1835.

«Pero os prenderemos.»

«Escribiremos desde la cárcel.»

¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¡ja! ¡ja!

Diálogo telegráfico.—El ministro á los gobernadores de provincia.

Ministro.—¿Cantidad en Tesorería?

Gobernadores.—Nada.

—¿Sobrantes probables á fin de mes?

—Nada.

—¿Movimiento mercantil en la plaza?

—Nada.

—¿Resignacion al anticipo?

—Nada.

La Correspondencia de la noche.—Son falsos los rumores alarmantes que circularon esta tarde. El gobierno ha preguntado á todos los gobernadores de provincia, y unánimes responden que *no hay nada*.

La Esperanza ha anunciado la primera muerte de la condesa de la Lealtad.

Dentro de breves dias deberá anunciar la segunda, conforme con el eficaz sistema que empleó en las numerosas muertes de Garibaldi.

En varias partes de Italia, desde que han leído *La Esperanza*, se preparan para la repentina aparicion de la Condesa.

—¿Diga Vd., hay rey de Nápoles?

—No señor.

—¿Pues cómo dice la *Gaceta* «el rey de Nápoles?»

—Es un abuso.

—¡Pícaros periódicos! Y luego dicen que no hay libertad de imprenta.

—Diga Vd., D. Ramon, una vez probado que hemos atropellado y herido al pueblo, sin agresion de su parte ¿qué hacemos?

—Se hace como con los obispos que publicaron la encíclica. Se retrasa un poco la fecha de las heridas.

Un distinguido escritor se propone publicar en breve una *Historia de las Regencias*, que comprenderá hasta la del duque de la Victoria.

Llevará al frente una introduccion escrita por un sacerdote, en que se encarece la oportunidad del libro.

De los Estados Unidos se acaban de esportar para España muchas balas...

—Venga V. preso. ¿Para quién son?

—Para mí... si soy fabricante de tejidos de algodón!

El Espíritu Público, usando de una figura retórica muy disculpable cuando se trata del hermoso gobernador de Madrid, le compara á una amapola.

Por eso dice hablando de la cuestion municipal:—*Hay quien desea cortar las amapolas que sobresalen.*

Veán Vds. por donde venimos á sacar en limpio que el hermoso gobernador de Madrid es la flor silvestre de la situacion.

Ahora caigo por qué *El Espíritu Público* toma al gobernador por una amapola.

Desde la noche del 10 todo el mundo vé á las autoridades de Madrid, como á la flor de los campos: Encarnadas.

Lo que no da la naturaleza, lo da la sangre.

En la calle de Sevilla habia un charco.

Ya no se dice quedarse

á la luna de Valencia:

ahora se dice en España:

«á la luna de yuecencia.»

Por todo lo no firmado,

EUSEBIO BLASCO.

ADVERTENCIA.

Los suscritores de provincia, cuyo abono termina en fin de este mes, se servirán renovar lo oportunamente, á fin de evitar retraso en el recibo del periódico.

EDITOR RESPONSABLE, J. ANTONIO GARCIA.

Imprenta del mismo, Almirante, 7, bajo.
MADRID.—1865.